



## X Concurso de Relatos Cortos

### *“Memorias y Cuentos del Moncayo”*

Grisel, 2008

#### CATEGORÍA ADULTO:

Relato premiado: *“Los Ranicos”*

Autor / a: M<sup>a</sup> Luisa Gomez y Gascón.

Añón de Moncayo (Zaragoza).

## **Los Ranicos**

*(O de cómo un griselero llegó a capitán de fragata)*

Nada. Podrían haber nombrado una calle en su memoria con su nombre grabado en una pequeña losa; una replaceta, quizá buen lugar en los arrabales del Castillo al lado de la casilla de pico; una imagen esculpida en la misma piedra de la Ciesma, situada en la entrada de la escuela para que los chicos pudieran recordar a la mujer más desprendida de todo el Somontano, la que más leche oreó por sus grandes pechos, a la que más niños debían la vida y más padres la felicidad de poder haber disfrutado de sus hijos una vez criados bien lustrosos y satisfechos. Pero nada. A Generosa Preciado, al poco de haber dejado este mundo todos la olvidaron: los niños porque se hicieron mayores, los mayores porque tenían demasiadas cavilaciones y labores, y los abuelos porque, a su hora, también iban dejando este mundo o bien porque perdían las entendederas y todo era para ellos un presente borrascoso y extraño por donde andurreaban, con las seseras mordidas por el tiempo inmemorial y las penas franqueadas a lo largo de la vida.

Sí, la tía Generosa nunca negó su leche a cuantos necesitaron de ella, y no porque a ella dios o el destino no le hubiera dado los propios, porque chicos ya tuvo, ya. Además de los que la vida le fue llevando a su regazo y a sus manos para darles un porvenir decente con qué luchar en la vida. De entre ellos me cuento yo, Jonás Ortín, aunque todos me decían el Rano, o lo que más me encalabrina: el Ranico ¿Y saben porqué me llamaban así? Porque mi madre,

empujada por la necesidad y la pena, saltó el charco y se embarcó hacia Cuba para hacer las Américas. Y como la pusieron de *apoyo* Melchora, la Rana, pues la familia se quedó con los Ranos y nosotros, al consonante: los rancios.

Y andaba yo jugando por debajo de la mesa de la cocina con mi primo Mateíco, cuando llegó mi madre con una cesta de caracoles para su hermana. La tía Generosa estaba en el hogar rascando un pedazo de cuajo encima de la perola de leche.

—Generosa, me anda en la cabeza tiral para Cuba. A ver, ¿qué vamos ha hacer aquí más que pasal necesidad? —mi madre dejó la cesta de caracoles encima de la mesa y nosotros mirábamos cómo estiraban los cuernos y se escurrían por el borde de la capacica para escaparse—. Si bien te parece, les voy a vender el albar de Gabancho a alguno de Grisel de la Cofradía para sacar unos cuartos para el viaje. Como ahora andan todos encoñados detrás las viñas, haremos buen trato.

Su hermana siguió dándole vueltas a la leche y le contestó sin dejar de mirar a la caldera.

—Si lo has pensado así, hazlo pues. Pero los críos los dejas conmigo que entre pasal calamidades aquí o allá, mejor en sitio conocido.

La idea de mi madre era poder enviar a su hermana algunas perras para alivio de la casa y para pagar las contribuciones de los cuatro corros de secano de la Peana que les quedaban y la fanega de regadío en Samangos. De lo contrario, con la fiebre de las viñas, el ayuntamiento, que andaba a la zaga de toda tierra yerma y con los pagos retrasados, se las arrebatarían.

Muchas malas lenguas levantó la marcha de mi madre en Grisel y en toda la redolada, que si la esperaba en la Habana un negro machorrón que había venido con el trajinero de Llanes a la feria de Tarazona, que si abandonar a los chicos con la pobre Generosa para amontonarse con un hereje, que si a ver si era cosa de hechizos de negros lo de ese rayo tan oportuno, y para que quiero contarles más.

Y es que ambas tuvieron la mala estrella de enviudar al mismo tiempo y por la misma causa: un maldito rayo que les cayó a los suyos cuando llevaban una punta de cabras por la cabaña de la Peana. Inazio y Abilio Ortín eran hermanos y desde siempre habían compartido las tareas del ganado y las del campo. No se separaron nunca desde niños y hasta festejaron juntos con dos hermanas y se casaron en el mismo día. Pero aquella tarde de marzo de 1867, iban ya bien altos por la ladera de la Ciesma cuando se les vino una tormenta repentina y tomaron refugio en una casilla de Matarraz, cercana a un corral, con la fatalidad de que a la casilla le faltaba justo el pingorote y cuatro filas de losas de cierre de la copa. El rayo, bien atinado, se coló por el hueco entre las piedras y los dejó negros como el carbón de carrasca,

sentadicos en la loseta del suelo. ¿Y qué iban a hacer las dos mujeres con las cuatro de cabras que no reventaron con el rayo, unas cuantas gallinas, dos cerdas entecas con la manía de empezar a las crías recién paridas, una mula famélica y dos perros tristes? Hambre y mala leche para sostener los cinco hijos de la tía y los dos de mi madre.

Así que la mujer se embarcó para Cuba y en Grisiel nos quedamos los siete chicos con la tía Generosa. Siete chicos: El Daniel, Mateíco, las gemelas Soledad y Mercedes, aún en la tripa de Generosa cuando lo del mal rayo, Olvidito, aún de mesecicos, y nosotros, mi hermanico Toñín y yo, que ya me he mentado. Menudo preparo. Un día que volvía de la escuela me encontré a la tía Generosa dándole leche por turnos a las gemelas sentada en los bancos del hogar. En el escalón del suelo estaban Olvidito y el Toñín llorando desconsolados.

—Anda, hijo. Saca una poca de agua caliente en dos jarras y le echas un chorreón de leche condensada a cada uno. A ver si callan, que me van a volver modorra.

Yo les eché la leche. Olvidito aferró el cazo con las manitas y se amorró la leche con tal ansia que se le salía por los bordes. Pero el Toñín no quiso probarla.

—Esta no —dijo dándole un manotazo a la jarra— quiero tetica de mamá, tetica de mamá.

—¡Ay, Jonastico! lo que se acuerda el crío de tu madre. Todo el día llorando como un Santo Cristo. Y encima, con cuatro críos colgados del pecho no doy abasto. Hoy a estos dos les he dado una sopica de fideos y un torrezno para que chupen. Que de teta ya, pa la merienda y poca.

La mujer suspiró y dejó a Soledad sentada en la trona.

—A ver, mis críos ¿Qué dice la mamá siempre?

Y cantaron todos a coro ¡Con estas tetas vamos a criar a Medio Moncayo! y Generosa se tomaba los pechos con las palmas de las manos y los hacía rebotar como balones. Los niños saltaban dando palmas con las lágrimas aún en los mofletes y cantaban el sonsonete hasta que se dormían.

—Hijo mío. Lo que sea, antes de verlos llorar de falta.

Y ya iban para cinco años que mi madre había pisado la tierra prometida y sólo dos veces había enviado algún resuello para el pago las contribuciones, que a más bocado no llegaron, y dos cajas de puros habanos. Ah, y eso sí una carta cada tres meses donde nos contaba sus tribulaciones. Porque se ve que allí en las Américas tampoco pegaban tiros de gloria y mi madre sólo había encontrado labor enrollando puros habanos en la fábrica de un pueblo que decían Guantánamo. Visto lo cual, la tía Generosa había acertado de nuevo con su recelo sobre las quimeras de mi madre de volver llena de oros de Cuba. Así que se puso manos a la obra, roturó las tierras, y plantó todo de viña de cepa francesa, pues llegaban los

franceses con carros y carros a por el caldo para mezclarlas con las suyas y hacer sus vinos de mayor grado. Las llevaban hasta Tudela donde las cagaban en el ferrocarril del Norte hasta Burdeos o aún más lejos. A 280 reales estaban pagando por el alquez de mosto, lo que no era de despreciar. También le pidió a su primo Sixto, el patirroyo, que le ayudase a componer la bodega, que estaba toda arruinada, para poder pisar la uva en el lago. Luego, los restos de pieles y semillas que quedaban los mandaba en barricas hasta la destilería de Bonifacio Zueco para aprovechar el orujo, porque, según ella, una copica en ayunas era la mejor cosa para disponer de leche espesa y abundante para los críos. Mis primos mayores eran ya casi dos hombres y llevaban la labor de la viña con la ayuda de algunos jornaleros. El trabajo era grande pero no agotador ni cuantioso porque con las lías y las layas se valían y no hacían falta machos ni mulos para labrar el terreno. Además los albares eran estrechos y tampoco el bestiar hubiera entrado en la viña cuando los sarmientos crecían y se entreveraban sin dejar paso entre hilera e hilera. Yo para entonces ya tenía catorce años y el Toñín siete. Y el caso es que entre la viña, los animales y los críos que amamantaba la tía aún había puchero todos los días.

Ni que decir tiene que entre los mayores de la casa, entre los que me cuento, el ir a la escuela no era algo habitual. De hecho, mis primos dejaron de acudir del todo cuando empezaron con la tarea de la viña. Algunas veces vi a la tía Generosa desempolvando las repisas donde abandonaron las cartillas, los cuadernos y las pizarras, y engrasando las carteras con cara de disgusto.

—Jonás, a ver si tú eres capaz de seguir en la escuela. Eres listo, la maestra dice que tienes muy buena cabeza, y entre todos le pediremos a Don Telmo, el cura, que interceda para que puedas estudiar en el Seminario. Tu madre estará orgullosa de ti.

Pero nada más lejos de mis intenciones. A mí me había disgustado mucho que los vecinos del pueblo hubieran abandonado el ganado por culpa de las malditas viñas, que no hacían más que dejar el monte y los campos pelados como la cocorota de un calvo. Yo tenía cariños de cuando era chico y se escuchaba los esquilos y los cencerros al pasar los rebaños por la cabañera de la Ciesma, y me daba por pensar que padre y tío habían perdido la vida insulsamente yendo pastores, para que ahora los corrales se hundieran y la linde del camino la inundaran los sarmientos ¡Qué vida más desaborida! Y mientras, toda la vecindad, ciegos con hacer perras echando a perder los huertos, los albares, los carrascales y cualquier corrico donde entrara una cepa.

Y fue por entonces cuando Agapito, el bicero, que andaba de medio lado con esto de la vejez y las cataratas, se partió una garra bajando la Carrera Litago. Aquel día yo había hecho campana en la escuela y andaba dendaleando en todas estas cosas, cuando me encontré con

el pobre Agapito aullando de dolores cada vez que daba un salto apoyado en la gayata con la garra colgando. Le ayudé a bajar hasta Grisel.

—Pues, chico, yo no sé qué va a ser de los animales. Con la manía que les han tomado con eso de que se meten a empezar las uvas y los sarmientos. A ver, si no han dejado pasto que roer algo han de echarse los bichos a la boca. Mal camino lleva el ganao, Jonastico.

Así, que dejé a Agapito en su casa y me fui a avisar a Don Ezequiel para que le atendiera lo antes posible. De vuelta a casa pasé por el ayuntamiento y me ofrecí al alcalde para ir pastor hasta que Agapito se mejorase, lo que iba para largo.

—Pues, ale. Mañana ya puedes soltar dos buenos chufidos, que los vecinos necesitan leche y carne. Y mucho ojo con las viñas. Que si fuera por este ayuntamiento no quedaba bicho vivo —dijo el alcalde.

—Pues si son los vecinos los que mantienen la bicera...qué caramba....

—Tú, chico, chitón. Y a estál agradecido ¿me entiendes?

Cuando llegué a casa, me encontré a tía limpiando ternillas en la mesa del porche y le di la noticia.

—Desde mañana iré pastor, el tío Agapito se ha roto la garra y no tienen de quién echar mano pa sacar la bicera. No me carrañe usted, tía que yo mismo iré a decirle a la maestra que me dé clases por la noche después de encerrar. Y además el domingo iré a la viña con los primos...

—Calla, tozudo, calla. Si ya te has comprometido, a cumplir, que luego dirán que en esta casa no hay palabra. Y que sepas que el que va pastor no tiene fiestas ni día de guardar ni un minuto pa cagal.

Me dio un capón en la cabeza y me dijo que con Doña Adela hablaría ella misma. Y ya valía de analfabetos en esa casa, bastante había con los dos mayores, que no sabían hacer la o ni con un canuto. Así que yo, aquella primavera me las pasé yendo pastor. Bien de amanecidas, soltaba tres chufidos al final de la Portilla, al empuje de la cabañera. Los vecinos abrían las puertas de las corralizas y las cabras corrían como balas hasta arriba. Muchas veces me encontraba con el tío Sixto, el patirroyo, que se las buscaba dándole a la caza de perdices y de liebres, y luego las vendía en la Venta del Palomar a muy buen precio. A días, si la percha había sido buena, se dejaba caer por casa de su prima Generosa y le llevaba un par de perdices, una liebre o un par de torcaces para caldo. Tío Sixto tenía todo el aire de la familia, y como ellos, un corazón como el puño de un gigante, el condenao. Yo pasaba todos los días con la bicera por la casilla donde cayó el rayo, allá por Matarraz y un día le dije:

—Tío, ¿sabe usted la maña para levantar una casilla?

Tío Sixto me miró atravesado.

—Algo puede hacerse, si no es de mucho tiempo y grande esfuerzo.

Levanté el pecho y puse toda la cara de hombre que pude.

—Quiero arreglar la casilla donde cayó el rayo en memoria de mi padre y del tío. Aunque no sea nuestra no me importa. Nadie la va a reclamar porque los Guachos se fueron hace ya muchos años.

Tío Sixto soltó una sonrisa a medias y dijo que lo primero eran las herramientas: un buen mazo, una escalera y cuatro manos mejor que dos. Alargó sus palmas hacia mí, yo apoyé mis manos en las suyas y ése fue nuestro trato. Al día siguiente nos llevamos la escalera del corral de casa y la transportamos hasta la casilla. Por el camino las cabras iban todas desparramadas y se metieron en una viña que un griselero, cofrade de Tarazona, había plantado demasiado cerca del camino.

—Jonás, suelta el palo y vamos corriendo por las cabras, que te la vas a jugar, criatura. Que este Antón tiene muy mal dios.

Sacamos los bichos del viñedo en cuanto pudimos pero la fila del camino la dejaron más que rasa, las puñeteras. Y con la ilusión de arreglar la cocorota de la casilla no le hice ningún caso a un asunto que me daría buenos quebraderos de cabeza. Aprovechábamos el mediodía, cuando el sol es demasiado fuerte y los animales descansan, para trabajar. Lo primero fue buscar lajas planas para que ajustasen mejor la bovedilla. En menos de tres días la casilla quedó lista piedra sobre piedra sin más apoyo que alguna calza pequeña entre alguna loseta. Yo incrusté un gancho de hierro en un hueco bajo entre dos cantos a modo de percha y por último colocamos dos pedruscos grandes con una buena losa encima como banquero.

Al terminar el día bajamos al pueblo todo contentos. Yo pensaba lo orgulloso que estaría padre de su hijo allá donde estuviese. Los bichos tiraron raudos a sus rediles y seguí con mi punta de cabras hasta casa de la tía. Al llegar, Generosa me estaba esperando apoyada en la jamba de la puerta. Yo me las vi venir.

—El alguacil ha venido esta mañana a traer recado. Dice que mañana sin falta te presentes en el ayuntamiento a las diez.

Se me aceleró el resuello. ¡Y a mí que se me había olvidado lo la viña del Antón!

—Nada bueno, tía. Las cabras, que se me han metido en lo de Antón. A ver, las tienen en medio de la cañada...

—Anda, pasa y cena que mañana será otro día —dijo tía soltando un chasquido con la lengua.

Al día siguiente me vestí de limpio y marché al ayuntamiento. Allí me preparaban una buena encerrona: el alcalde, el Antón y el juez de paz. Y sin mediar palabra ocurrió todo.

—Sácate la gorra, que estás bajo techo y delante de personas —me dijo el Antón de entrante.

— No me pican los piojos —repliqué.

El alcalde me dijo que había cometido una falta muy grave. La de dejar que los animales destrozaran la viña de un cofrade por negligencia.

—Si no las hubiera plantado en medio de la cañada, no habría pasado nada. Y si no que las cerque, que ése ha sido siempre el camino del ganado.

El juez de paz me mandó callar y me echó la resolución de la causa, que ya estaba más que amañada, encima de la mesa del despacho metida en un sobre con sello del juzgado de Tarazona.

Cogí el sobre, lo doblé y me lo metí en el bolsillo.

—¿Se les ofrece algo más?

Negaron con la cabeza.

—Pues, con Dios, que ya sabrán en el pueblo la verdad de este asunto —dije.

No abrí el sobre hasta que no llegué a casa y me senté con tía en la mesa.

—Aquí tiene, tía. La lea usted, que a mí se me sube la gaseosa.

Le alargué la carta. Tía Generosa salió afuera, se apostó en el olivo de la entrada y la leyó con parsimonia apoyando el dedo en los renglones. Tardó su buen rato porque la repasó un par de veces. Luego concluyó:

—Trescientas pesetas a pagar que aquí a un mes o tres meses a la cárcel. No hay otra... Ahora, que de aquí en adelante que saque el alcalde la bicera ¿no te parece? Anda, que nos va salir caro el asunto.

Le arranqué la carta de la mano y me la guardé.

—La madre que los... Tía, no quiero que los vecinos se molesten, si usted fuera soltando voz de lo que ha pasado. Más que nada por que no me tomen ojeriza.

—Tú tranquilo, que ya se verá lo que hacer. Y ahora, carta por carta—sacó del bolsillo del delantal unos papeles doblados y me los entregó— Mira tú que hoy va y nos llegan noticias de Cuba, fastídiala. Lee, lee si te acuerdas de las letras, que al menos la Melchora escribe que da gloria leerla.

La tía me tendió la carta y yo leí en alto.

*Queridos todos: Espero que al recibo de esta carta estéis todos bien allá por el pueblo. Yo aquí sigo bien G.A.D\*. Me imagino ya a los chicos tan mayores ¡Tengo tantas ganas de verlos que se me salta el corazón! Pero esta vez sí que tengo nuevas que contaros. Lo*

---

\* Abreviatura muy usada en el siglo pasado. *Gracias a Dios.*

*primero: Generosa, te envió dos mil reales para que los administres en lo que sea menester, que esta vez la suerte está de nuestra parte y no vamos a pasar más falta en lo que nos resta de vida. Segundo: quiero daros a todos una buena nueva y es que el próximo 12 de Octubre voy a casarme...*

*A mí se me torció el morro, no era para menos. Tía sonrió picarona sin soltar palabra.*

*... Él se llama Don Osvaldo Flores del Carmen y Andía y es propietario de la plantación de tabaco y de la fábrica de puros habanos donde yo trabajaba. Nació en la Argentina y es todo un señor. Pues resulta que necesitaban un ama de llaves para la finca y me buscaron a mí por ser española, porque aquí tenemos fama de limpias y de responsables. El señor se ha quedado viudo hace unos meses y me ha ofrecido ser su esposa legítima por eso de la soledad y de que ya yendo para viejo no quiere pasar sus días triste y amargado. Yo le pedí unos días para pensarlo...Y el caso es que le dije que sí. Ahora todos me llaman Señora o Doña Melchora y ya me empiezo a acostumbrar ¡qué cosas! En la finca trabaja un administrador muy serio y una vez al año viaja a España para comprobar que la mercancía llega a su destino en buen estado. Y bien, Don Osvaldo sabe que tengo dos hijos y me ha propuesto que el mayor venga para Cuba y se instale aquí con nosotros, y él mismo le dará una buena ocupación. Don Marcelo Buenavista, el administrador, puede venir de vuelta con él, embarcó para España hace unos días y regresa el día 8 de septiembre para llegar a tiempo a la boda. Lleva todos los papeles de Jonás arreglados y fechados para el viaje: permisos, billete, autorizaciones y demás. Él mismo lo ha concertado todo. ¿Qué os parece? Así que para el día 8 Jonás debe de estar en el puerto de Ribadesella y buscar el bergantín Habana, donde Don Marcelo le esperará hasta que el barco zarpe. Que tengas mucha suerte hijo mío y mucho cuidado en el viaje. A Toñín le dices de parte de mamá que dentro de un año iremos todos a España a visitaros y que nos lo traeremos con nosotros porque tengo miedo de que vayáis hasta Ribadesella los dos solicos, que la vida está muy mala .Os envió por correo una caja con unos regalos de parte del Señor Don Osvaldo: unas aguamarimas para ti, Generosa, y tres pares de pendientes de coral para las niñas. Os la dará en mano el trajinero de Llanes, a quien don Marcelo se la ha confiado nada más llegar a España.*

*No quiero extenderme más, recibid todo mi cariño y un millón de abrazos de vuestra hermana, madre y tía.*

*Melchora Preciado Rozas.*

Miré a tía con los ojos bailándome de alegría.

—¿Y bien? —me dijo con los brazos en jarras.

—Pues que me largo, y la multa que la pague el maestro armero —que era como decir nadie.

Los dos nos echamos a reír. Sólo algo ensombreció la mirada de tía Generosa, algo que se calló seguramente para no aguarme el sueño de semejante aventura. A mí se me vino el Toñín a la cabeza.

Pocos días después alguien se presentó en la casa. Era miércoles, el día anterior a la feria de Tarazona. Salí a la puerta y allí me la encontré. Al principio la miré huraño y me pareció una gitana que venía pidiendo caridad por los pueblos. Llevaba una falda granate cosida entre las piernas, el pelo recogido con un pañuelo y unos grandes aros con cuentas de colores en las orejas. Se cubría los brazos con un mantón de flores del color de las toronjas anudado al pecho. Llevaba una caja en la mano y los ojos bajos mirando el suelo.

—Estou em a casa da senhora Generosa Preciado? Eu porto uma encomenda.\*

No entendí ni una palabra a pesar de que la chica me mostraba un paquete. Yo estaba como embarachau y cuando levantó los ojos ya fue el acabose: me quedé con una flojera en las piernas que si no es por hacerme el hombrecico me voy de culos al suelo. ¡Qué ojazos verdes, Virgen del Pilar! A mí las chicas hasta entonces pues, eso, me hacían gracia pero vale, porque yo estaba más en el asunto de cómo buscarme la vida y no había tenido tiempo para amorosidades. Pero ésta, jolín qué chavala, qué traza, qué ojazos, qué pretica estaba, si daba gloria de verla. Era tostadica de piel como las almendras... y no le entendía ni jota ¿en qué lenguas charraría?

Tía Generosa salió al porche con Olvidito, y me salvó de la situación.

—¡Ah, Benita! Traes un paquete ¿verdad? ¿Qué tal está tu padre?

—Bem, senhora, mi pai estou bem. Mandó me trazer éste encomenda sem falta. Y, si no e incômodo, ¿quem é este senhor?\*

—¿Es guapo, eh?

La chica me miró y se ruborizó. Entonces me di cuenta que hablaban de mí y casi salgo escopetiau.

—Benita, te presento a Jonás Ortín, mi sobrino. Hijo, esta es Benita Azpiazu la hija de Fermín, el trajinero de Llanes.

Me saludó con una inclinación y yo le alargué la mano, la chica debió darme la suya para que se la besara o no sé, el caso es que yo se la apreté como hacemos los hombres. Benita

---

\*¿Estoy en la casa de Generosa Preciado? Traigo un paquete para ella.

\* Bien, señora, estoy bien. Mi padre me envió con el paquete. Y si no es molestia ¿quién es este señor? .

se sorprendió mucho y luego estiró los dedos pero no se quejó. Me parece que con la efusión le había torcido el meñique, porque noté como un crujido débil.

—Ella es brasileira, por eso no la entiendes. Yo ya la conozco de hace muchos años y entiendo un poco su lengua, pero ella comprende el aragonés ixo ray.

Luego se dirigió a la chica.

— Benita, dile a tu padre que esta noche venga a cenar a casa que tengo asuntos muy urgentes que tratar.

—Como la senhora gusta.\*

Era un cielo de criatura, Benita, la brasileira. Yo pensé que su país estaba muy cerca de Cuba y aún me sentí más cerca de ella. Entonces mis nociones de Geografía se limitaban a la Comarca de Tarazona. Mi mundo era muy poca cosa pero pronto se ampliaría.

A la tarde llegó Fermín Azpiazu, el trajinero. Mi madre mandó enseguida a los pequeños a la cama y nos quedamos los tres mayores cenando con ellos. Había sopa de ajo, pollo asado, natillas y café, todo un festín. Durante la cena hablaron de Don Marcelo, quien le hizo llegar el paquete para Generosa. El buhonero dijo que Don Marcelo un hombre de fiar y tenía todo previsto para el viaje, incluso la carta de reclamación, en caso necesario. Él mismo la había leído. De paso, le había comprado unas cuantas cajas de habanos. Y acto seguido sacó dos puros como dos mallos del bolsillo interior del chaleco.

—¿Gusta usted? —preguntó— El paquete ha llegado bien custodiado, ¿cierto?

La tía Generosa aceptó el puro y lo encendió con maestría. Los primos y yo nos quedamos planchadicos mientras mirábamos cómo soltaba el humo haciendo rosquillas en el aire.

—Ya lo creo ¡Madre mía, que guapa está la Benita! Si parece que fue hace cuatro día cuando llegó de Brasil toda ojicos y garricas ¡Y qué bien tetaba la condenada!

Luego, la tía sacó unas copas y una botella de cuello largo.

—Ale, una copica de orujo para que vayan tomando rasmia estos críos. ¿Usted querrá un cafecito?

—Gracias, haremos el completo ¡Qué buena cena! Así da gloria verse lejos del terruño. Y dígame, Generosa ¿ En qué puedo ayudarla?

Tía le contó lo de mi partida y el problema que había tenido con la bicera. El trajinero no puso ninguna objeción a que yo les acompañase hasta Llanes, que estaba a un tiro de piedra de Ribadesella, así por el camino podría ayudarles con la venta.

—¿Estás dispuesto a salir pasado mañana a recorrer más de quinientos kilómetros?— me dijo.

---

\* Como usted desee.

—Muy contento saldré, señor.

Brindamos todos por el viaje. En lo que nadie reparó fue en que Toñín había escuchado todo desde la escalera, escondido tras una cántara de olivas en salmuera.

Llegó el momento señalado y me despedí de todos. A tía le pedí una fotografía para recordarla y llevarla siempre conmigo. Por detrás me escribió una dedicatoria con la dirección del pueblo. Decía así: *A mi chico Jonás, para que nunca olvide a los suyos*. Me quedé muy triste. Entonces me di cuenta de que mi hermanico no estaba.

—¡Toño, Toñín! ¿Dónde estás?

—¡Déjame en paz!—sonó una voz llorosa.

Subí corriendo escaleras hasta nuestro cuarto y lo encontré hecho un mar de lágrimas ¡Dios, que este crío no había hecho más que llorar toda su vida!

—¡Maricón, eres un maricón! ¡Me has traicionado, ya no eres mi hermano ni eres nada!

A mí se me encogía el corazón de verlo. Le dije que no fuera caprichoso, que en un año estábamos de vuelta con mamá y él se vendría con nosotros, que aún era muy crío para tanto viaje.

—¡Vete a cagal, mentiroso, embustero! ¡No iré con nadie, no volváis que no quiero ni veros!

Saltó de estampida por la ventana, se agarró a las ramas del olivo, trepó hasta el suelo y desapareció. Ya no pude verlo más. Así que me subí al carro y salí medio plorando de Grisel, mientras miraba cómo el pueblo se me perdía de la vista tras la curva del olivar de Santos. En fin, al menos podía disfrutar de la compañía de Benita durante media España. Ella me decía los nombres de las provincias por las que íbamos pasando. Era una experta en mundología, conocía cada pueblo, cada ciudad y a qué comarca pertenecía.

Dos días después de nuestra partida se nos cruzó un carro al trote en un empalme muy cerrado y Don Fermín tuvo que frenar de una sacudida. Un poco más y hubiéramos volcado. Con el frenazo, la carga del carro se quedó toda patas arriba. El trajinero nos mandó desalojar toda la mercancía para organizarla de nuevo. Él mismo empezó la tarea y sacó una hamaca antillana, que había permanecido colgada del techo de la caravana hasta el momento del topetazo.

—¡Mira tú, qué pedazo de ratón me he encontrado! —dijo, sacando de una oreja al Toñín— Con razón me parecía que la comida estaba roída...

Aquello era lo peor que podía ocurrir. La presencia de mi hermano lo estropearía todo. Don Marcelo había traído billete y autorización sólo para mí, pero no para un enano de ocho años.

—¡Mira qué has hecho, mandar todo al carajo, matapán! Veremos si ahora puedo embarcar con este moco colgando.

—¿Qué habrías hecho tú, eh? ¿Quedarte tan pancho en casa de la tía? —dijo mi hermanico.

Y era verdad: yo también hubiera intentado llegar al barco al menos. Don Fermín nos dijo en tono muy agrio que no había tiempo de volver a Grisel a dejar al Toñín, así que terminamos de colocar la mercancía del carro y no se habló más.

El resto del viaje fue para mí un sueño por la geografía de Benita. Castilla fue como un paseo por su piel tostada; las tormentas de la tarde de verano, un respiro de frescura, de olor a tierra joven y lejana entre sus piernas. La temperatura era fresca pero no fría y solíamos echarnos al raso sobre una colchoneta de lana y una manta que colocábamos, encima,— encima y no debajo—, del cielo inmenso que nos cubría de oscuridad y de templanza. Benita y yo anduvimos tan unidos todo el camino como dos brazos en el mismo cuerpo. En pocos días, salvando la feria de Venta de Baños y de Burgos, pasamos a las tierras verdes siempre húmedas del norte de España. Y una tarde el olor del aire se tornó como picante, refrescaba doblemente, parecía que la nariz se llenaba del aroma de las sardinas y de los arenques.

—Estamos muito perto do mar.\*

Benita me besó en la mejilla y observé una laguna de agüilla que humedecía sus ojos verdes, como si desde entonces sus pupilas barruntasen el color que tendría siempre el mar para mí. Toñín, por su parte, estaba deseando llegar a puerto para deshacerse de la pobre Benita, que se volcó en amabilidades con él durante todo el camino. Cierto es que el chico tan apenas abrió la boca en el viaje pero no por ello dejó de portarse como un borrico.

Y allí estaba el mar, el puerto de Santander, nos quedamos sin habla ante semejante cantidad de agua verde, verde, como los ojos de Benita. Salimos corriendo hacia el arenal y bebimos un sorbo ¡Ah, estaba más salada que el bacalao! Yo me quedé embobado, cogido de la mano de Benita, mientras miraba hacia el horizonte perdido, planeando que algún día, ella y yo solos, embarcaríamos juntos hacia América. Su padre me puso los pies en tierra.

—Mañana es día 8 y aún hay que parar en Llanes. El barco zarpa de madrugada, así que tenemos que conducir toda la noche bien rápido si queremos llegar a tiempo.

Pero al llegar a Llanes, ya de noche vencida, nos encontramos con una sorpresa fatal: Don Fermín tenía una carta esperándole con remite del Hospital Municipal de Ribadesella. La abrió aprisa. El remitente era nada menos que Don Marcelo Buenavista, quien había ingresado en el hospital víctima de una neumonía. Por prevención, estaba en cuarentena y no podía embarcar hasta que no se descartara una posible tuberculosis. Así que enviaba el billete del

---

\* Estamos muy cerquita del mar.

chico; la autorización de Melchora Preciado para que su hijo pudiese viajar; la carta de reclamación; y una partida de nacimiento, que me pertenecía. Nos instaba a que buscásemos al vigilante del muelle, Ezequiel, el Tatu, para que nos ayudase a embarcar. Pese a todo, yo pensé que todo sería sencillo, todo menos meter al Toñín en un hato y embarcarlo sin que nadie lo viera. Una vez que hubiera zarpado el buque, no creo yo que se les ocurriera echarnos a los tiburones. Benita sacó un petate forrado en lana por dentro, que había conocido ya la guerra de la Independencia, y metimos todos nuestros enseres en él. Preparó unos huevos revueltos con atún y los metió dentro de una hogaza de pan. Los envolvió en un mantel y lo colocó arriba del todo dentro del petate. Luego preparó algo de café.

—¿Y con el ratón, qué hacemos? Lo mejor es que se quede con nosotros y lo llevemos en el próximo viaje de vuelta a Grisel —dijo Don Fermín con enjundia, dando un sorbo a su jarra de café bien negro.

—¡Si no me voy, os juro que me meto un cuchillo por la tripa y me mato! —decidió Toñín por si había alguna duda.

Supe bien cierto que era muy capaz. Ya sabía yo las trazas de este pequeño y era cabezón hasta lo más.

—Ale, pues, al petate. A ver cómo vas ahí entre la ropa y el pan — dijo el trajinero—. Esto es cosa de locos ¿ Ya sabréis vosotros lo que os estáis jugando?

—Yo me lo juego todo porque no tengo vuelta, Don Fermín. O a la cárcel o a filas —le contesté.

Tuve que despedirme de Benita en Llanes. Su padre no consintió que viniera hasta Ribadesella.

—Y tú no lloriquees que me da en la nariz que os volveréis a ver muy pronto —agoró el trajinero.

Le prometí a solas que el año siguiente nos casaríamos y embarcaríamos juntos.

Nos dimos un abrazo y le dije en escuchete que fuera convenciendo a su padre y todo resultaría bien. Don Fermín puso cara de perro rabioso. Luego nos subimos al carro y proseguimos viaje. El buhonero conducía muy deprisa porque había que estar en el puerto para realizar los trámites antes de las cinco de la madrugada. Y sólo nos quedaban dos horas y media. Era muy de noche, apenas lucía una estrecha luna menguante cuando el trajinero tropezó en una piedra con la rueda delantera. El aro se torció con tan mala suerte que se doblaron varios radios con el golpe. No había tiempo que perder. Ensillamos un caballo y al otro le cubrimos el lomo con una manta.

—¿Habéis montado alguna vez?

—A caballo no, pero al macho de casa sí.

—Pues, buen momento... — dijo mientras que nos ayudaba a subir al jamego ensillado.

El Toñín se me agarró como una araña ¡Cuánto me enseñó este crío durante el camino!  
¡Vaya hombretón que tenía al lado!

Llegamos a Ribadesella cuando amanecía, a las cinco y cuarto de la mañana. El puerto era como un lago lleno de barcos que entonces aún no sabía distinguir — y sólo lo logré años después, siendo capitán de fragata, cuando ya mis huesos estaban más mojados de tanto navegar que el caparazón de un bogavante—: en un lado del puerto, separado por un muro, estaban anclados los barcos de pesca por encima de los que planeaban las gaviotas y los cormoranes. Había chalupas que parecían boxeadores sin nariz, elegantes traineras, rudos carracones, poderosas trincaduras. En el otro lado, en el Muelle de la Barca, descansaban los buques de mayor eslora: goletas, fragatas de la Armada, clíperes, bergantines, goletas. Y allí estaba el mío, el Bergantín Habana, majestuoso, imponente, con su arboladura de palos mayor y trinquete, las gavias y juanetes plegados en los amoríos y la cangreja desplegada a babor dispuesta a maniobrar. Y a mí se me llenó la sangre de sal, de una nostalgia de mar inexplicable, como si hubiera llevado vidas y vidas amarrando estays y cuerdas en estachas de puertos desconocidos, y el corazón hecho un charco donde las gavinas pescaban crías de besugo. Y fue en aquel momento cuando decidí entregar mi vida a la mar. Sólo sentía dolor por Benita.

Los bueyes que remolcarían al bergantín hasta la barra avanzaban hacia el muelle donde esperaba la remolcadora que ataría el Habana a la Peña del Caballu. Un gran gentío derramaba lágrimas esperando que el velero zarpase de la costa a alta mar o se alejase desde la costa. Ya se escuchaba la canción de despedida, según nos indicó Don Fermín: *De Ribadesella la bella, en una alegre mañana, con rumbo a Guanabacoa, parte el Bergantín Habana*. No había tiempo que perder.

—Deprisa, enano. ¡Al petate!

Pero el buhonero intervino:

—Si perdéis el tiempo, el bergantín sale sin ti, Jonás. Vosotros decidís.

Entonces el Toñín, sacó la garra del petate y extendió la mano hacia mí, como un hombrecico.

—Mejor es que llegue uno que ninguno ¡ Menudo disgusto para madre! Yo me quedo aquí.

Nos dimos el mayor abrazo de toda nuestra vida y sin llorar. El trajinero me dio un buen apretón de manos.

—Vuelve o te saco los pitos de cuajo — me dijo, yo no supe qué responder y me callé como un mujo.

Corrimos a toda máquina cuando ya los bueyes estaban amarrados al barco. Don Fermín se adelantó y encontró al vigilante del Muelle, Ezequiel Barbas, el Tatu. Un carabinero se sobresaltó al echarnos correr y nos dio el alto mientras nos apuntaba con la bayoneta calada. Yo saqué el sobre del bolsillo con la documentación y la aireé en la mano muerto de miedo. Nos quedaban menos de veinte metros para llegar al buque y ya estaban despejando la pasarela de embarque. El vigilante tomó cartas en el asunto.

—El chico tiene todos los papeles en regla, eche un vistazo. Es un familiar del abogado Buenavista, apoderado de Don Osvaldo Flores del Carmen y Andía. Jonás Ortín es su hijastro ¿Quiere usted buscarse un buen lío?

El aduanero leyó por lo alto los papeles y dio orden de bajar de nuevo la escalerilla, pero no hizo falta porque yo ya la había alcanzado de un salto con los papeles metidos en la culera del pantalón y trepé por ella como un mono. El Toñín saltaba de alegría en los adoquines del muelle. Habíamos alcanzado nuestra meta. Era el 12 de agosto de 1875, la última vez que el hermoso Bergantín Habana partió de Ribadesella.